

REGRESO A PARÍS

LOS IMPERDIBLES

JACINTA CREMADES

REGRESO A PARÍS



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2021

A mi madre
Y a Roger

La Maga lo miró perpleja, Gregorovius suspiró.

–El velo de Maya –repitió–. Pero no mezclemos las cosas. Usted ha visto muy bien que la desgracia es, digamos, más tangible, quizá porque de ella nace el desdoblamiento en objetos y sujetos. Por eso se fija tanto en el recuerdo, por eso se pueden contar tan bien las catástrofes.

–Lo que pasa –dijo la Maga, revolviendo la leche sobre el calentador– es que la felicidad es solamente de uno y en cambio la desgracia parecería de todos.

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*.

Después agregó animales que inventaba, pegando medio elefante con la mitad de un cocodrilo, sin saber que estaba haciendo con barro lo mismo que su tía Rosa, a quien no conoció, hacía con hilos de bordar en su gigantesco mantel, mientras Clara especulaba que si las locuras se repiten en la familia, debe de ser que existe una memoria genética que impide que se pierdan en el olvido.

ISABEL ALLENDE, *La casa de los espíritus*.

–¿Quieres saber si un secreto es alegre o triste ? –preguntó el alcalde Fino Filipino a Lavarito–. Muy fácil: si es un secreto alegre enseguida todos se lo irán contando unos a otros y en muy pocos segundos lo sabrá el pueblo entero, si es un secreto triste la gente se lo guardará y no lo compartirá con nadie, como si les diera vergüenza.

ANDRÉS BARBA, *Arriba el cielo, abajo el suelo*.

Al nacer, pretendemos iniciar una vida nueva, pensamos que venimos como de la nada, pizarra vacía, con todo por escribir. A lo sumo, algunos creen que elegimos a nuestros padres. Otros, que es puro producto del azar. Lo cierto es que venimos con el cerebro lleno. Una vez aquí, nos damos cuenta de que jugamos con unas cartas que ya han sido barajadas. Que nuestra vida se inició hace mucho y que, en realidad, lo que hacemos es continuar. Continuar un camino ya iniciado. Una línea de escritura con palabras de nuestros padres, de nuestros familiares, de aquellos que ni siquiera sabíamos que formaban parte de nuestra familia.

La conducta de nuestros antepasados, sus aciertos y desaciertos, llega a nosotros por neurotransmisores de los cuales no somos plenamente conscientes. Hoy en día a esta rama del psicoanálisis, aunque carezca de base objetiva, se la llama «constelaciones familiares».

Es preciso haber vivido para darse cuenta de que, lo queramos o no, estamos en comunión permanente con los demás miembros de nuestra familia, que repetimos

patrones que han llegado hasta nosotros a través de la sangre, de la mente y de la genética. Es difícil desmarcarse de esta suerte de pautas heredadas e, incluso cuando uno cree que lo ha conseguido, resulta que vuelve a estar en otro programa familiar.

Tomar conciencia es lo primero que permite superar aquello que algunos denominan traumas. Aun así, la labor de superación se inicia desde la memoria. Ese trabajo se basa en dejar que los recuerdos afloren a la superficie y se integren en el universo. Con suerte, en el transcurso de la vida, uno consigue romper el ciclo de ese algo, de lo que sea que vaya repitiéndose, generación tras generación, a pesar de estar, quizás, iniciando un ciclo nuevo. Y conseguir que la línea invisible de la vida siga otro curso.

De hecho, la única salvación que tiene el ser humano es lograr que esa línea invisible junte las historias, les dé continuidad y, si hay suerte, las deje volar por sí mismas. Sin depender de nadie. Diferenciándose de los demás. Alejándose de la historia familiar. Para existir, uno y plenamente uno.

Cuando, al cabo de mucho tiempo, a veces una eternidad, estas historias colmen el vacío, hagan que toda existencia cobre sentido, como piezas de un puzle vital, entonces en ellas estará lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos.

Mis recuerdos se remontan a mi infancia, más o menos a la edad que tiene ahora Lucía. Antes, no hay más que vacío. Por eso, las circunstancias que hicieron que mi vida fuera tal y como la recordaba, las tuve que ir descubriendo poco a poco. Era española, pero vivía en Francia. Tenía una madre, pero ningún padre. Hablaba español en mi casa, francés con el resto de la gente. Mi apellido era el mismo que el de mi madre. No iba los sábados a casa de mis abuelos. En realidad, no teníamos en París más familia que nosotras dos. Mi madre era maga y la llamaban La Maga.

«Un día te trajo el pico de una cigüeña por la ventana», solía contarme. Menuda gracia tenía.

En mi memoria se entremezclan las historias que me contaba mi madre siendo yo una niña. Se trataba de historias que le habían ocurrido a ella antes de tenerme a mí. Yo me las creía a pie juntillas, qué más daba si se las estuviera inventando o no, yo con ellas volaba hasta el cielo. Las que más me gustaban eran las historias de miedo. Nos metíamos debajo de las sábanas, en

la cama, y allí mi madre daba rienda suelta a su imaginación a pesar de que –me aseguraba– lo que contaba era cierto. Cuentos que no leía en ningún libro sino que procedían de esos años anteriores a la llegada de la cigüeña, anteriores a mi nacimiento, en los que yo aún estaba por «existir».

En su caso, no existía la ficción. O esta se confundía con la realidad y gracias a ella se explicaba. ¿Quién sabe qué es la verdad y quién puede contarla? ¡Qué sé yo! La Maga veía cosas que los demás no veían. Vivía historias que los demás no recordaban. Y las que me contaba, las que me gustaba a mí escuchar, esas historias fascinantes que descubría bajo las sábanas, eran recuerdos en los que yo no existía.

Ahora sé que volví a París para dar sentido a esas historias.

Las decisiones precipitadas dejan cicatrices que nunca se cierran. Hace nueve años, cuando Lucía estaba a punto de nacer, también yo hui de mi casa. Dejé a La Maga, dejé París, mi vida y la de Juan. ¿Qué abandoné ese día? «La realidad es lo que tú crees que es la realidad», me explicaba La Maga. Ahora reconozco los pasos de los demás y pienso que me dejé guiar por los mismos patrones que te guiaron a ti.

Desaparecí. Hui. Cambié de espacio y empecé de nuevo. Como tú, madre. Como tú. Ahora lo veo. Ahora lo entiendo. Y, sin embargo, esa no era mi realidad.

LUCÍA

Martes, 5 de octubre de 2009. Una llamada al móvil me dice que mi madre ha muerto. A lo lejos escucho perpleja la voz de un desconocido que no sabe cómo anunciármelo delicadamente. «¿Es usted la hija de Maite O’Pazo Montis?». Que alguien pronuncie su nombre, después de tantos años y en francés, me deja helada. «¿Quién le ha dado mi teléfono?». Antes, mi madre y yo teníamos la misma voz. «Buscar a gente es mi trabajo –me contesta–. El entierro tendrá lugar en dos días. En París. A su madre le hubiera gustado despedirse».

Ante mi falta de reacción, la llamada se diluye. Las palabras de ese hombre vuelven a mi mente como si fueran incomprensibles, como si hubiera utilizado un idioma que no conozco. No puede ser cierto. Mis pies están pegados al suelo y tardo en poder avanzar. ¿Avanzar hacia dónde? Ni siquiera sé si estoy llorando o muriéndome con ella. Cuando por fin logro reaccionar, me dirijo hacia el baño y me miro en el espejo. ¿Quién soy? No veo el reflejo de mi rostro, sino el de mi madre. Veo

su cara demacrada, su piel arrugada, después de tantos años. El pelo normalmente moreno y lacio, lo veo ahora blanco, sus ojos miran a los míos con dolor. ¿Qué me quieres decir? ¿Por qué me siento responsable?

Me froto los ojos pero ella sigue allí, devolviéndome la mirada. Tengo su misma piel seca, sus pómulos salientes, sus labios apretados. A pesar de que no haya en mí, contrariamente a ella, un ápice de coquetería, desnuda de cualquier adorno, me parezco tanto a ella. Me miro a mí pero estoy siempre viéndola a ella. Dos destinos, dos vidas, dos imágenes superpuestas. El pelo se me pega a las mejillas mojadas. ¿Acaso he sido yo alguna vez?, me pregunto. Y ahora estoy llorando su muerte cuando no quise volverla a ver. Tan solo el color de los ojos nos distingue y recuerdo sus palabras. «Esos ojos azules, esa mirada objetiva hacia el mundo, es la suya».

¿De quién me hablaba entonces?

Me doy cuenta de que parezco un ser ancestral, y deseo, con todas mis fuerzas, que este espejo me traslade por fin al otro mundo, donde no exista más el tiempo.

Si me quedo ahora es por Lucía.

El silencio del apartamento es el mismo que el de cada mañana y, sin embargo, ya nada es lo mismo. Las palabras del desconocido llenan la sala. Me gustaría abrir la ventana y que se marcharan, olvidarlas, pero se repiten como un eco en el espacio vacío. El teléfono suena de nuevo. Ya no soy capaz de descolgar.

Anulo mis citas del día, de mi trabajo como guía de turismo, sin dar explicaciones. Le pido a una compañera que me remplace. Es tan fácil desaparecer. Ahora más que nunca.

Las horas pasan a la espera de que Lucía salga del colegio. Intento poner en orden mis ideas. Saber qué debo hacer. A quién llamar. A quién localizar si no tenemos a nadie. No hay consuelo para el que no habla de su pasado, para el que no cuenta y se lo guarda adentro. A lo largo del día, en mi cabeza, todo se va fraguando. La vuelta a París, la casa de La Maga, mi barrio, mi pasado, el momento en que lo dejé. Y estos nueve años en Madrid se borran en un instante desde que ha vuelto a mi vida La Maga. Aunque ya no esté; ¿acaso dejó algún día de estar presente?

Cuando salgo de mi apartamento, sigo tan desconcertada que me ciega la luminosidad de Madrid. Voy caminando hasta el colegio. Al llegar, Lucía me espera en el portal. Cuando por fin me localiza, se precipita, escaleras abajo, con desbordante alegría. Se me tira al cuello y su abrazo me ancla al presente. La miro a los ojos y me pregunto cómo he podido mantenerla tanto tiempo en la ignorancia.

—¿Por qué has llegado tarde?

—¿Te gustaría que nos fuéramos a París?

Lucía me mira, interrogante.

—No me has dicho qué te pasa.

La abrazo con más fuerza y le confieso:

—Nos vamos a casa de la abuela.

—¿A casa de mi abuela? Pero si yo no tengo abuela, mamá.

Y Lucía ríe y ríe, con la misma risa abandonada con la que se reía mi madre.

Por la mañana me levanto al alba. Es el momento del día que más me gusta. La ciudad dormita y yo estoy al fin en mi verdadero mundo, único ser vivo en ese espacio. Pero esta mañana, la pregunta es si sigo viva. De repente, acude a mi memoria la imagen de mi madre y pienso que hoy debo partir, el entierro es inminente y no me lo quiero perder. Preparativos, maletas, cierre de la casa. Le digo a Lucía que no va a ir al colegio en unos días. Llamo a la monja directora y se lo explico en francés. Lucía va a un colegio francés. Llamo a los hoteles con los que tenía acuerdos estos próximos días como guía y lo anulo. Lo anulo todo. Cuento historias. Miento.

Solo a Julia le digo la verdad. Me nota tan inquieta que se acerca a despedirnos. Hay seres que nos ayudan y Julia es uno de ellos.

—¡A saber cuándo nos volveremos a ver! —exclama—. Pero no regreses sin calmar las aguas de ese pasado que te atormenta.

Julia lo sabe todo mejor que yo y su comentario me sorprende.

–¿Solucionar el qué? –le pregunto.

–Piensa en Lucía –me contesta–. Como tú, también tiene derecho a saber.

Es cierto que la vuelta me llena de inquietud. Sin mi madre, ya nada es lo mismo y me pregunto si me queda algo de París, la ciudad donde nací y viví toda mi infancia, mi juventud, adonde no he querido, ni podido, regresar. ¿Dejé algo más que simples recuerdos? Y mi pasado vuelve a ráfagas, mi niñez, Juan, La Maga, y esa vida que traté en vano de borrar.

Las escenas del pasado acuden a mi mente como borrascas y me hacen retroceder en el tiempo. Me doy cuenta de que me iré de nuevo sin despedirme, sin saber lo que me espera, sin billete de regreso. Como un *leitmotiv* que se repite en mi familia, en la que nos gusta desaparecer. Por lo menos esta vez voy acompañada de Lucía. Hasta que pienso que en realidad la arrastro a su destino familiar...

Oigo a la niña moverse desde su cama. Al fin se levanta y viene a mi cuarto. «¿Te apetece el viaje?». «¿Y mi colegio?». «Ya he llamado a *Madame Nil* y le he explicado que nos vamos unos días». «¿Y Carlotta?». «Nos llevamos todos tus muñecos». «Todos no, solo a Carlotta. ¿Puedo hacer yo mi maleta?». «Por supuesto».

Lucía se llevará su caja de «piedras preciosas», su colección de libros clásicos versión infantil de Alexandre Dumas, su muñeca *Monster High* a la que llama Car-

lotta, de pelo verde chillón. Dirá que ella es como una Monster, sin pelo verde pero con poderes... y yo le diré que no lo es, que parece más bien un hada madrina.

–Las hadas no ven niños que no existen, mamá.

–Pero son seres diferentes, mágicos, como tú.

–Yo no soy mágica, mamá.

–Para mí lo eres.

Lucía está inquieta y llena de preguntas.

–¿Cuánto tiempo estaremos allí?

–¿Quién sabe?

–¿Tanto tiempo como el libro de *Los tres mosque-teros*?

–Quizá más.

–¿Como *El conde de Montecristo*? –Y los ojos de Lucía se abren como platos.

–Depende de cuánto tardemos en leerlo.

El día pasa rápidamente con tanto por hacer. Saco los billetes de avión. Digo que nos vamos. Volveremos, aunque no sepa cuándo. ¿Por qué? Asuntos familiares. Por el momento, la verdad sigue siendo impronunciable. ¿Las llaves? Abro una caja de recuerdos de París y allí me estaban esperando, con un papelito en el que escribí el código de la puerta. Cuento con que mi madre no haya cambiado la cerradura. Me paseo por casa mientras Lucía habla sola en su cuarto. Cuenta a sus amigos imaginarios que se va, a París, que ella ya conoce París, perfectamente, lo ha leído en los libros de Dumas. Entonces se pone a describir París como si lo conociese realmente y les explica que se va a vivir al palacio de

Milady. Sus palabras con voz de niña, su melodía al hablar, tira de mi memoria en sentido contrario. La cabeza me da vueltas y vueltas y siento que me mareo. Me sube la tristeza. Mañana empieza mi regreso. Entre hoy y mañana, tendrá lugar la metamorfosis. La Teresa actual se diluirá en la Teresa, hija de Maite, de La Maga, la Teresa del pasado que vuelve y se reafirma. ¿Quién soy, madre, quién soy? Te has llevado con tu muerte mi identidad.

Aterrizamos en París a las once de la noche. Siento desasosiego, pero no quiero que se me note. Lucía lleva dormida desde que despegamos, para ella todo esto tiene que ser una aventura, pienso para mis adentros. En cuanto tomamos tierra, mi pasado resucita en un instante.

Autobús, cola de taxis, trayecto interminable del aeropuerto a casa. Sonrío. Nada cambia en esta Francia inamovible. «Mamá, ¿cuándo llegamos?», me pregunta Lucía, antes de volver a caer en su sueño. El taxista es silencioso e indiferente. Gracias a Dios. Ni música, ni conversación, ni simpatía. Reconozco en mí esa misma necesidad de silencio, que pesa y lucha contra la sociedad frenética que me rodea, como los edificios grises de esta bella ciudad fantasma que ahora recorreremos, también yo pertenezco a otro siglo, como ellos altos y viejos, descoloridos, sigo incapaz de adaptarme.

Cuarenta minutos más tarde salimos por la Puerta de la Muette, pasamos por la Rue de Passy, alcanzamos la Avenue Paul Doumer. La farmacia. El restaurante de

pescado. La floristería. Todo sigue como lo dejé. Hoy ya no sé dónde está mi vida ni en qué año vivimos.

Cuando llegamos, cojo a la niña en brazos e intento que no se despierte. El taxista me ayuda con las maletas, son las doce de la noche y la calle está desértica. Siento la humedad del Sena a poca distancia. Voy despacio. Allí estoy de nuevo, delante del edificio en el que nací. Y entro. Cruzo el umbral de la puerta. Me adentro en el pasado mientras Lucía duerme recostada sobre mi hombro. Voy y vengo, trayendo las maletas por esa alfombra roja desgastada de la entrada. Voy y vengo, rodeada por las paredes envejecidas de otra época, sucias y agrietadas por el tiempo. Hasta el olor del falso calor de los radiadores me es familiar, me transporta y me conmueve. Consigo al fin meter todos los bártulos en el ascensor mientras Lucía sigue en mis brazos. A sus nueve años, es un peso pluma, diminuta niña etérea. La portera mira por la mirilla. ¿La conozco? No se atreve a salir a estas horas de la noche pero es evidente que ella sabía que yo llegaría. Que soy la hija de la española del séptimo. Esa extraña mujer, rodeada de collares, flaca hasta el extremo, alta, de pelo cano y que no recibía a nadie más que a clientes. ¡Una bruja! ¿Y esa bruja tenía una hija? ¡Vaya por Dios! ¡Hasta una nieta! Tan sola y tan acompañada, ¡hay que ver estos españoles! Las porteras, y en especial las porteras de París, lo saben todo.

Una vez delante de la puerta de tu apartamento, busco la llave en mi bolsillo. Cómo me gustaría llamar y que me abrieses, madre. Pero mi madre ya no puede hacer-

lo y yo, con Lucía en brazos, ni siquiera encuentro la maldita llave. Sé que la llevo encima. Se me cae el bolso, me pongo nerviosa, las manos me tiemblan e intento calmarme. Sí, aquí están, por alguna razón que ahora entiendo, las guardé; entran perfectamente en la cerradura. Eso es lo que ocurre con los objetos, me explicaba La Maga, «aparecen cuando uno los necesita. No hace falta buscarlos a destiempo. Ellos conocen el momento en el que acercarse de nuevo a ti». Una década en una cajita y ahí seguían, como por arte de magia. Reconozco tus poderes, madre...

Abro la puerta como quien abre su pasado.

¿Es aire o tiempo lo que veo? Aprieto a Lucía, la abrazo con todas mis fuerzas, y me doy cuenta de que la que se apoya en la niña soy yo. Echo un vistazo al interior y contengo la respiración. Lo cierto es que me falta el aire. Todo parece congelado en el tiempo. Las persianas cerradas protegen el apartamento. Delante de mí, el espacioso salón inalterable. ¿Quién diría que han pasado tantos años? Cuando entro, el suelo de madera cruje y los muebles nos saludan al entrar. El sofá, los sillones, tu escritorio. Me reconocen. En cuanto camino por la moqueta se levanta el polvo del recuerdo. ¿Dónde pongo a mi niña? Estoy temblando, se me puede caer. Seguro que es el cansancio. Deposito su cuerpo en el sofá mientras meto en casa las maletas.

Los muebles, los objetos..., todo está donde lo dejé. Paso la mano por ellos y me adentro en el estrecho pasillo esperando verte a cada instante. ¿Dónde estás? A la derecha, mi cuartito, a la izquierda, el de mi madre, entre los dos, el baño diminuto, al fondo, la cocina. Y a

lo largo del pasillo, tu librería infinita, abarrotada de tus libros, de tus cajitas, de tus fotos, de tus recuerdos. Las cosas no cambian, somos nosotros los que cambiamos.

Madre.

Mis pasos avanzan por el piso guiados por alguien que no soy yo. «¡Ya he llegado, madre!». Grito para mis adentros «¿Dónde estás?», pero las palabras se me atragantan. El silencio de la casa, la inmovilidad de lo que veo, me oprime. «Ánimo, Teresa», me repito a mí misma, y me pregunto si hice bien en volver, si todo esto tiene algún sentido. Su imagen me persigue como si me quisiera decir algo. Debe ser porque ya son altas horas de la noche. Sus palabras, o mejor dicho sus respuestas, están en esta casa y tengo que descubrirlas. Me acuesto al lado de mi hija, le cojo la mano para intentar conciliar el sueño. Acurrucadas en el sofá, no me atrevo a ir hacia tu cama.

Estoy con Lucía, siento su aliento de niña dormida y junto a ella nada temo. Quizá La Maga pensó lo mismo cuando se vio sola conmigo. Quizá fui alguien para ella como lo es Lucía para mí, alguien vivo, el calor de un corazón que late. ¿Quién sabe? Pero ahora soy otra persona. Otra Teresa. «¡Madre, no soy la misma!». Vengo en calidad de heredera. Lo repito varias veces en mi mente para que no se me olvide. Para que se me grabe y me convenza.

Lo importante ahora para mí es entender. Entender al fin de dónde vengo. Entender al fin quién soy.